

Por los países nórdicos: algunas observaciones sobre Escandinavia

Ricardo Pattee

Tenemos el gusto de ofrecer a nuestros lectores el primero de una serie de artículos que el Dr. Pattee, conocido escritor y amante de Centro América, les ofrece.

I.

En esta breve serie de artículos quisiera examinar **grosso modo** algunos aspectos de la vida escandinava, especialmente en lo que se refiere a su realidad espiritual. Preguntarán mis lectores ¿Y por qué Escandinavia? ¿Qué posible importancia puede tener este rincón del mundo actualmente cuando hay tantos problemas palpitantes que exigen un conocimiento, pues los países escandinavos parecen carecer de dramaticidad; de aquellos elementos que les colocan en primera plana en nuestros diarios? Y mi respuesta es que las naciones escandinavas merecen conocerse precisamente porque la solución que han dado a ciertos problemas contemporáneos puede arrojar no solamente una luz considerable sobre la realidad viviente de muchos otros países donde se debaten con cruel incertidumbre la cuestión social y para los católicos, la reintegración a la gran tradición religiosa de nuestro Occidente.

Pasé cuatro meses en Escandinavia, desde Islandia cerca del Círculo Polar hasta Finlandia en las fronteras de la Unión Soviética. En este primer artículo tratemos de definir a Escandinavia y situarla dentro del conjunto europeo. La primera reflexión es que el mundo escandinavo, generalmente juzgado como una perfecta unidad, es, al contrario, un verdadero mosaico; una desconcertante diversidad dentro de una uniformidad mucho más aparente que real. Precisemos. La uniformidad proviene de una semejanza fundamental de raza y de lengua, obra de largos siglos de convivencia y de participación en el mismo estilo de vida. La Finlan-

dia aparte, que es un caso único, Islandia, Noruega, Dinamarca y Suecia comparten una civilización común, que tienen sus orígenes en las mismas formas culturales.

No hay una sola región de Europa tan pura étnicamente hablando pues los pueblos escandinavos han recibido muy escasas influencias raciales de otras partes después de la primera penetración de las tribus primitivas que poblaron la inmensa península y las islas adyacentes. En Islandia hay vestigios de presencia céltica y el tipo humano dista mucho de ser el perfecto rubio de ojos azules y estatura de vikingo que generalmente nos figuramos. Al contrario, en toda Escandinavia el tipo humano varía infinitamente y solamente en Suecia se observa el predominio del nórdico clásico.

Hay que tener muy en cuenta al mismo tiempo que las culturas escandinavas deben relativamente poco a las corrientes tradicionales greco-latinas de la Europa occidental. El impacto de Roma fué remoto y tenue; el cristianismo llegó solamente hacia el siglo IX y X. Por lo tanto, la región del norte de Europa vivió su paganismo hasta tiempos relativamente recientes sin sentir en sus entrañas la influencia bienhechora de la cultura antigua. Esto no quiere decir que, una vez introducido el cristianismo fuese superficial o dejara huellas insignificantes. Bien al contrario. En tierras tan aisladas e inaccesibles como Islandia, la Edad Media cristiana alcanzó un esplendor considerable, y hasta su expresión artística y literaria no fué del todo despreciable. Todavía se conservan obras latinas medievales islandesas y la red de conventos que una vez cubrió la estéril isla constituía una fuente fecunda de producción intelectual. Pero en una forma general, los pueblos germánicos del norte carecen de aquellas raíces hondas, multiseculares; de esa savia clásica que ha sido la vida de tantas de nuestras comunes culturas. Sus idiomas revelan esta ausencia de contacto estrecho e íntimo. El islandés se habla hoy como en tiempos de los vikingos y los sagas con tan escasa modificación en el curso de mil años que un escolar islandés lee las *Eddas* y las *Sagas* de sus antepasados con más o menos la misma facilidad que un hispanoparlante *La Celestina* o Juan Manuel. Lengua profundamente arcaica, con formas olvidadas o abandonadas por las demás lenguas escandinavas, el islandés guarda con rara fidelidad la espléndida tradición de su propia historia gloriosa. El noruego al contrario se ha remozado de tal manera que es hoy por hoy la lengua escandinava más sencilla y de gramática más reducida. Ninguna de estas lenguas posee un gran acervo latino o griego. Una que otra palabra introducida por necesidad de la expresión científica o literaria pero el fondo permanece siempre auténticamente germánico. El afán de conservación lingüística es tal que en Noruega hay una verdadera lucha entre los partidarios de un idioma semejante al danés y los que abogan por la preponderancia del *Landsmaal*, o sea la fusión en idioma nacional de los dialectos rurales que tienen, evidentemente, un fondo más puro de germanismo y de riqueza puramente nacional. En la alejada Finlandia el problema lingüístico se plantea de otra manera. El pueblo finlandés no es nórdico ni siquiera indo-europeo sino ural-altaico de origen. Su lengua, que no guarda ninguna semejanza con las de Occidente, se aproxima al húngaro y al turco.

Ocupando un territorio entre Rusia y el mundo germánico, los finlandeses han librado mil años de lucha por la sobrevivencia y la han

logrado. A mi modo de ver hay pocos dramas humanos más conmovedores que este eterno batallar contra Suecia, contra Alemania y contra Rusia por parte de un pequeño pueblo que tiene hoy en día 4 millones de habitantes, por su derecho a la vida autónoma. El nacionalismo finlandés es de mucha reciedumbre. Ha triunfado contra todas las adversidades concebibles y actualmente, a pesar de las desastrosas derrotas de 1939 y de 1944, no se advierte la menor nota de desaliento o de pesimismo. Durante siglos el sueco representaba el vehículo de cultura; la lengua que daba a Finlandia una ventana al mundo.

El nacionalismo del siglo XX se empeñaba en que el finlandés se convirtiese en la verdadera lengua nacional y lo han logrado. El viajero que abandona Helsinki para aventurarse durante varias semanas como lo hice el verano pasado, por provincias del interior, se percata inmediatamente de que el finlandés se ha impuesto de una manera total.

¿Cómo destacar los rasgos fundamentales de cada uno de estos cinco pueblos cuya personalidad nacional se halla envuelta en algo así como una inmensa nebulosa? Trataré con breves palabras de señalar lo que a mi modo de ver caracteriza a cada cual. Comencemos por Islandia. La mejor descripción de Islandia me la dió un sacerdote danés que estaba en el país cuando llegué a él. "Islandia", decía él, "representa el tercer día de la creación. Es una obra que Dios ha dejado incompleta". En realidad Islandia da la impresión de una tierra donde los procesos de la naturaleza no han terminado su evolución normal. Desde el aire, cuando se llega a ella en avión, presenta un aspecto singularmente parecido al de la superficie lunar vista a través de un telescopio. Tierra de volcanes, de geysirs, de vastísimos campos de lava, donde hay una ausencia absoluta y vegetación; de montañas majestuosas y desnudas y de imponentes ventisqueros. Tierra de vida económica singular donde se produce poco y se alimenta la población del mar y de la importación. Es una tierra de 150,000 habitantes, de los cuales la mitad se halla ubicada en la capital Reykjavik. Solamente la décima parte de su superficie, que es mayor que la de Irlanda, puede ser cultivada y gracias a los vientos y la esterilidad del suelo, apenas se distinguen árboles en toda su extensión. Es un país de ensueño; escenario propicio para las leyendas y folklore nórdicos y de dioses que se refugian en sus soledades. Nada hay comparable al sobrecogimiento que experimenta el viajero al encontrarse de paseo por esas llanuras carentes de vegetación, donde la roca, la lava, los lagos y el cielo azul se confunden y donde la característica predominante es el profundo e inmutable silencio. Para mí, nada me impresionó tanto de Islandia como su silencio, pues en el interior no se oyen voces humanas y la vida animal es tan escasa que la soledad parece ininterrumpida.

¿Y los islandeses? Pues los hay y son sumamente interesantes. Sus veinte y pico de horas de claridad en verano les ha hecho un pueblo relativamente alegre y sus veintidós horas de oscuridad en el invierno les ha convertido en los lectores más voraces de la tierra. Dudo que haya un solo pueblo en la haz de la tierra que consuma igual cantidad de libros por cabeza. Reykjavik es una inmensa librería y en un país de población tan reducida se calcula en 200 por lo menos el número de obras nuevas publicadas cada año. Pueblo algo soñador, que guarda muchas

supersticiones, los islandeses no han perdido las virtudes que contribuyeron a su grandeza histórica, pues preciso es recordar que fueron ellos los que colonizaron a Groenlandia e hicieron posible que durante siglos fuese una comunidad católica floreciente; que penetraron hasta las tierras al oeste y descubrieron a América y que durante una larga época representaron la Iglesia universal en los últimos confines de la tierra.

Y luego Dinamarca que durante siglos gobernaba a Islandia en metrópoli. Nada podía ser más diferente. Donde Islandia es tierra baldía en gran parte. Dinamarca es fértil, rica, abundante y risueña. La naturaleza danesa es suave, dulce y acogedora. El temperamento danés, por lo menos ahora, no parece hecho para las grandes proezas sino, bien al contrario, prevalece una perfecta conformidad con su destino de pueblo pequeño que prefiere dejar los grandes negocios a los demás. Copenhague es alegre, vivaracho, hasta vocinglero dentro de las modestas proporciones del norte. Una visita al Parque Tivoli en pleno corazón de Copenhague parece transportar al viajero a una feria hispánica o a una verbena peninsular. El danés vive bien; gusta de la comida y de la bebida y contempla la vida sin mucha emotividad. Su economía es un milagro de ajuste y de adaptación a las exigencias de un mundo que tiene poca paciencia con los pequeños. Su experiencia de la ocupación alemana le ha enseñado lo inútil de un aislamiento material en un mundo que se achica cada día más. Pero el danés guarda su sangre fría, se divierte y se deja dominar relativamente poco por la agonía que caracteriza tan violentamente a nuestro siglo. Dinamarca no es, en un sentido exacto de la palabra, un pueblo con vocación heroica. La mansedumbre de sus costumbres y su larga tradición de paz no le han proporcionado ni el medio ni las circunstancias de un intenso vivir distinguido por la pasión. Es un pueblo profundamente amable, industrioso, diligente que ha convertido sus dunas y sus campos de arena en uno de los sistemas agrícolas más fecundos de nuestro tiempo. Toda interpretación de su realidad espiritual actual debe tener muy en cuenta esta ausencia —salvo los años de la ocupación alemana— de dramática en su vida.

ECA

Estudios Centroamericanos

Revista de Orientación y Cultura dirigida por los pp. Jesuitas de Centro América.

DIRECTOR: Francisco Peccorini Letona, S. J.

REDACTORES: Rafael Burgos, S. J.—Alfonso M^a Landarech, S. J.—Gustavo Oliva, S. J.—Ladislao Segura, S. J.

ADMINISTRADOR: Bernardo Melero, S. J.

**Dirección y Administración: Seminario Central "San José de la Montaña".
Apartado 78 — Teléfono 5769. San Salvador,
EL Salvador, C. A.**

NOTA: Los canjes y correspondencias remítanse al Apartado 78.